

# Eduarda Mansilla

María Rosa Lojo

Hija del general Lucio Norberto Mansilla y de Agustina Ortiz de Rozas (la bella hermana menor de Juan Manuel de Rosas), Eduarda nació en Buenos Aires en 1834. Fue la segunda de los cinco hijos del matrimonio y tuvo, presumiblemente, una infancia privilegiada y feliz. Mientras la oposición al gobierno de su tío materno prefería exiliarse –si de intelectuales se trataba– en Chile o en la Banda Oriental, o a veces (si los perseguidos eran militares o paisanos gauchos) cruzaba la frontera interna hacia las tolderías aborígenes, los niños Mansilla disfrutaron apaciblemente el viejo mundo de la familia extendida y la casa colonial de varios patios, sin dejar de recibir por ello la mejor educación accesible en la Buenos Aires de su época. El temible Don Juan Manuel era para ellos sólo el tío afectuoso que, todos los sábados, les regalaba un peso fuerte, una docena de divisas coloradas y un retrato del caudillo federal Juan Facundo Quiroga. Según afirma en sus *Memorias* su hermano mayor, Lucio Victorio –1831-1913–, luego famoso *dandy*, militar, periodista y autor de *Una excursión a los indios ranqueles* (1870), Eduarda era por entonces «monísima, inteligente, lista, donosa», aparte de más sensata y valiente en lo que se refería a lidiar con los fantasmas y aparecidos evocados por los cuentos de los servidores negros. Dotada para las letras, como Lucio, pero también, al contrario que el futuro escritor excursionista, para el canto y la música, aprendió rápidamente idiomas, y, según se ha contado repetidamente, habría actuado siendo aún una niña como traductora e intermediaria entre el gobernador (sin duda orgulloso de las aptitudes de su sobrina) y el conde Walewski, enviado de Francia durante el tiempo del bloqueo al puerto de Buenos Aires.

Mediación, traducción, contacto permanente con el extranjero, así como el refinamiento y el cosmopolitismo que le otorgaron sus viajes y una amplia cultura letrada, han de marcar el destino de Eduarda, pero no implicarán nunca el abandono de una profunda identidad criolla vinculada al pasado federal de su familia, al mundo rural, y al legado de la antigua tradición hispánica; la confluencia de ambas corrientes contribuye a explicar la síntesis comprensiva que se opera en su obra y los debates que la cruzan. Casada con el diplomático Manuel Rafael García Aguirre, acompañará a su marido a Europa y a los Estados Unidos de Norteamérica. Escribirá varios

libros –uno de ellos: *Pablo, ou la vie dans les Pampas* (1869), en lengua francesa, durante su estadía en ese país–; tendrá seis hijos, algunos de los cuales llegarán a la mayoría de edad sin haber pisado la tierra de sus padres. No obstante, Eduarda se esforzó siempre por mantener una relación constante con su público lector argentino. Desde sus años juveniles, lo hizo a través del periodismo<sup>1</sup>, con artículos y crítica de arte (colaboró en *La Flor del Aire*, *El Alba*, *El Plata Ilustrado*, *La Ondina del Plata*, *La Gaceta Musical* y *El Nacional*, que no eran publicaciones exclusivamente femeninas). También dio a conocer sus novelas en la prensa: *El médico de San Luis*, y *Lucía Miranda. Novela histórica*, aparecieron ambas en 1860 y en el diario *La Tribuna*, por entregas, como era común entonces. Ambas fueron firmadas con el pseudónimo «Daniel», luego el nombre de su cuarto hijo, quien dejaría de ella, en sus *Memorias*, una imagen tan fascinada como entrañable. *Pablo ou la vie dans les Pampas* se dio a conocer, asimismo, en *La Tribuna*, gracias a la traducción hecha por su hermano Lucio. Su libro *Cuentos* (1880) fervorosamente elogiado por Sarmiento, inauguró en el Río de la Plata la narrativa para niños; los relatos de *Creaciones* (1883) cruzaron una sutil percepción psicológica introspectiva con situaciones fantásticas y alegórico-simbólicas. Su último texto narrativo conocido es la novela corta *Un amor* (1885). Su rica experiencia de «nómade» (como la llama Bonnie Frederick, en tanto viajera que no es sólo «turista» sino que debe volver a instalar su casa de país en país) motivó uno de sus libros más interesantes, y muy atípico, por cierto, entre las escritoras argentinas de la época: los *Recuerdos de viaje* (1882) basado en sus dos residencias en los Estados Unidos. Escribió también algunas obras de teatro: *La Marquesa de Altamira* (que se representó y se editó en Buenos Aires en 1881), *María*, *El Testamento*, *Ajenas Culpas*, *Los Carpani* (inéditos) y compuso canciones y piezas musicales. Según Daniel, depositario de los archivos familiares, muchas producciones suyas de diversa índole se extraviaron junto con el baúl en donde estaban guardadas.

En tanto propuesta estética, los textos de Mansilla alcanzan un grado de elaboración notable, aun novelas juveniles, como la *Lucía Miranda*: extensa y ambiciosa, de compleja estructura, que incluye recursos como la narración en abismo, y un tejido simbólico de reverberaciones e indicios (intratextuales e intertextuales) capaz de vincular mundos, historias y personajes distantes. Mansilla no se limita a recrear el episodio –presumiblemente legendario– narrado por Ruy Díaz de Guzmán en su crónica rioplatense *La Argentina*

<sup>1</sup> Ver el trabajo de Lea Fletcher en este dossier.

*manuscrita* (1612), dota a Lucía de un pasado y una genealogía; reconstruye, a partir de una cuidada investigación histórica, la España de Carlos V; su heroína crece, cambia, evoluciona, en esta verdadera «novela de formación» femenina, con dimensiones ni siquiera avizoradas por el cronista. Pero su obra más lograda es, seguramente, *Pablo ou la vie dans les Pampas*, que, dentro de una poética aún romántica, equilibra reflexión y narración, descripción y drama, realismo y emoción sobrenatural, en una trama de fuerte interés con culminación trágica. Igual intensidad, así como un notable despliegue de matices psicológicos y el ejercicio de la ironía, se advierten en sus cuentos.

En lo que hace al debate de ideas, Eduarda polemiza en sus textos –para desacreditarlas– con las series de rígidas oposiciones positivo-negativas «civilización/ barbarie», «unitarios/ federales», «ilustrados/ bárbaros», «europeos/ americanos», «ciudad/ campaña», sin aceptar de manera irrestricta el ideal vigente del progreso como *ultima ratio*. Analiza sus asimetrías y sus claroscuros, y se sitúa del lado de los llamados «bárbaros» para ver en ellos, antes bien, las marcas de la opresión y de la exclusión. Y esto antes que su hermano Lucio y que José Hernández, ya a partir de *El médico de San Luis*, donde la desdichada historia del gaucho Pascual se refuerza con el alegato dirigido a los legisladores desde la voz narradora, para denunciar la «barbarie de la civilización» contra los desposeídos: «Acusáis en vuestra vanidosa ignorancia al gaucho de cruel y sanguinario; acaso os creéis vosotros de otra raza, de otra especie; olvidáis lo que es ese gaucho, a quien medís con la vara de vuestra justicia, igual para uno de vuestros hijos, que para uno de esos desgraciados, que jamás oyó pronunciar esa palabra justicia, sino con el terror que a ellos les inspira la fuerza...» (p. 135). En las obras de Eduarda no sólo hay gauchos federales sino unitarios (como los hubo en la realidad); así, su héroe Pablo (enamorado de la hija de un estanciero federal y correspondido por ella). Y los unitarios pueden ser instruidos y magnánimos, como el comandante Vidal, pero también brutales, como el coronel Moreyra (alias «El Duro»), despiadado y analfabeto, que mandará fusilar arbitrariamente a Pablo. En realidad, ambos bandos se asemejan demasiado en la ferocidad simétrica, que no aparece aquí como una cuestión de divisas sino como una práctica social común. La gran ciudad, lejos de ser el «oasis» civilizado, resulta un desierto peor que el de la Pampa para el menesteroso sin amigos ni influencias. Y, en fin, la narradora no deja de recordarles admonitoriamente a los europeos que también ellos han sido «bárbaros» en su voluntad de exterminio, y que lo son todavía, hasta extremos no alcanzados por los gauchos vernáculos. En suma –concluye– los numerosos inmigrantes europeos que la Argentina recibe llegan a ella sin duda huyendo de males que aquí se desconocen.